

Ay, país, país

EL HORROR DE PUÑO Y LETRA

Por Cristina Zuker

Periodista, ex preso político durante la dictadura y radicado en Ginebra desde hace más de 25 años, Juan Gasparini visitó la Argentina para presentar su último libro, elaborado sobre la base del manuscrito de un desaparecido en la Esma que había sido partícipe del asalto al Policlínico Bancario.



Abiertas las puertas de la Escuela de Mecánica de la Armada, quienes las han transpuesto dicen percibir en el silencio el eco desgarrado de los llantos, los alaridos, las voces de mando, las cadenas, los grilletes, las despedidas para siempre, las últimas palabras.

Pero son pocos los que saben que en ese edificio que simbolizó el agujero negro del horror hubo prisioneros elegidos por sus captores para hacer historia sobre las organizaciones político-militares a las que pertenecían. Ese parece haber sido el caso de Norma Arrostito, fundadora de Montoneros. O de Inés Carrizo, que admite haber escrito sobre el origen de las FAR. También el de Alicia Eguren, la compañera de siempre de John William Cooke, mientras Alberto Gironde punteaba la fundación mítica de los Descamisados. No todos esos documentos han sido hallados, pero su existencia está avalada por los que logran salir de ese infierno y vivir para contarlos. Juan Gasparini es uno de ellos. Convertido en un número, el 774; ostenta el triste récord de haber pasado sus veinte meses de cautiverio arastrando sus grilletes. Fue capturado en enero de 1977 y, tras varias horas de

tortura, su mujer fue acribillada a tiros en el departamento donde vivían, mientras él se negaba a entregarla. Está radicado en Ginebra desde 1980, junto con sus hijos, que hoy tienen 30 y 31 años. Ellos también estuvieron secuestrados hasta que Pajarito Suárez Mason dio la orden de entregarlos a sus abuelos. Su estado era lamentable, y estuvieron a un tris de ser dados a otra familia.

Ahora está de paso en Buenos Aires para presentar *Manuscrito de un desaparecido en la Esma*, que da fe sobre la tumultuosa vida de Jorge Caffatti, paradigma de una generación que atravesó trágicamente la historia argentina, hasta que a los 35 años fue trasladado en un vuelo de la muerte, a fines de noviembre de 1978.

"Los marinos habían copiado algo de los manuales de insurgencia que usó EE.UU. en Vietnam. Después de la utilización táctica del detenido para quitarle información venía otro tipo de explotación: a los enemigos a los que se atribuía importancia política se les hacía contar su vida con el objetivo de entender su pensamiento. Ellos sabían que ahí tenían algunos prisioneros pertenecientes al núcleo de una organización que logró mover medio millón de tipos en el país, y ellos, que trabajaban para que Masera fuera presidente, querían aprender cómo hacer para acercarse a la gente. Formaba parte de la fascinación por el vencido, al que también intentaban robarle su historia", afirma con conocimiento de causa Gasparini, quien hace tiempo ha hecho de la investigación su nuevo campo de batalla. Desde *La pista suiza*, *El crimen de Graiver*, *La fuga del brijo*, entre otros, hasta el reeditado *Montoneros, final de cuentas*, precoz autocrítica de la organización a la que perteneció.

LA HISTORIA DEL MANUSCRITO

El no llegó a cruzarse con el autor del manuscrito. Fue otra prisionera, Amalia Larralde, la que sacó a escondidas el original al ser liberada en 1979, y lo entregó a la Conadep con la llegada de la democracia.

Jorge Norberto Caffatti acabó en la Esma después de haber recorrido un largo camino. Llegó al mundo el 5 de agosto de 1943, en la Maternidad Sardá. Su padre, en cambio, había nacido en el barco que traía a los suyos desde Alepo, y supo transmitir a su único hijo varón el interés por la política y la poesía y la pasión por Racing y el tango. Su madre descendía de italianos y, junto a sus dos hermanas mayores, fue siempre la debilidad de Jorge. El tramo de su vida hasta que entró en la política con menos de 18 años transcurrió en el sur de Caballito, y no llegó a terminar el secundario por pura rebeldía. Gasparini habla de una manifestación temprana de un espí-

ritu trasgresor que apañaría todo lo que se opusiera a las prácticas burguesas, incluyendo el delito común, en el que veía el resultado de la marginación y la exclusión social.

En su casa había mamado el peronismo. Así que la caída de Perón lo marcó irremediablemente. Entró en Tacuara en 1961, y al año siguiente dirigía clandestinamente el Comando 17 de Octubre de su barrio. Por la pinta se lo conocía como "el Turco": tez oscura, nariz aguileña, barba tupida y los ojos verdes de su madre. Fue mucho después que elegiría como nombre de guerra "Aníbal", en homenaje a Pichu. Según Gasparini, Caffatti es uno de los que llevaron adelante el proceso de peronización de Tacuara, "que no era peronista ni antiperonista, era nacionalista a secas". El, junto con otros, rompió con Tacuara sobre la base de dos ideas: el peronismo y la lucha armada.

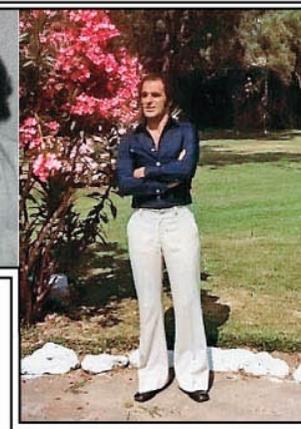
Así fue que, con 20 años recién cumplidos, Caffatti irrumpió en la historia violenta de la Argentina. El 29 de agosto de 1963 atracó el Policlínico Bancario, en una operación que se conoció como Rosaura, no se sabe muy bien si en homenaje al libro de Marco Denevi o porque era justo el día de Santa Rosa de Lima. Aunque muchos están de acuerdo en que se trató de la primera acción de la guerrilla urbana en el país, para otros esta acción quedó atrapada entre lo delincuencia y sanguinario. Gasparini está entre los primeros:

"No me cabe duda de que fue el hecho fundacional de la guerrilla, y trato de descalificar la versión que adjudica la acción a unos fachos y recalca su carácter violento. Es cierto que hubo tres muertos, que fue un desastre, pero tanto el ERP como Montoneros fueron mucho más violentos. En mucha literatura sobre el tema hay una deliberada intención de sustituir el carácter político que tuvo el asalto al Policlínico."

Sea como fuere, el que les había dado el dato del camión de caudales que traía los sueldos para el personal, algo así como cien mil dólares, se fue a París, y estaban a gastar su parte en cabarets. Los billetes estaban marcados, y la Interpol terminó apresándolo. De ahí a cantar a los ejecutores no pasó mucho. Mientras varios de los autores del hecho pudieron saltar al Uruguay, como José Luis Nell y Joe Baxter, Caffatti no tardó en estar tras las rejas, y permaneció preso ocho años, hasta 1971, cuando se le presentó una buena oportunidad para escaparse de Devoto. Para entonces ya había sido incorporado a las FAR por los prisioneros de Taco Ralo, Cacho El Kadri y Carlos Caride. Convertido en un leninista "a la violeta", de un "stalinismo galopante", su postura intransigente lo enfrentó a quienes aceptaban como incontestable el liderazgo de Perón para una estrategia revolucionaria. Inflexible, su religiosidad por el pueblo lo fue aislando hasta que se convirtió en el último iluminado. También odiaba a los Montoneros, a quienes llama-



Arriba, Caffatti con su madre, en una foto de 1975. A la derecha, en el chalet de Marbella, España, que ocupó en 1977, cuando participó del secuestro del jefe de la Fiat en Francia.



ba "dictadura de la clase media". En el 76 se cortó solo, y vivió clandestino hasta que le llegó una propuesta tentadora en medio de la dictadura.

En el manuscrito, Caffatti eligió explayarse sobre el episodio que volvió a darle notoriedad: el secuestro en París del jefe de la Fiat en Francia, Luchino Revelli-Beaumont, el 13 de abril de 1977, junto con otros tres que habían participado en lo del Policlínico. Esta vez el cerebro de la operación fue otro personaje sinuoso: Héctor Villalón, ex delegado de Perón en el 64, que terminó echado por estafador. "Villalón es el que concibe en su delirio el golpe del siglo. Había otros candidatos: Cristina Onassis, un miembro de la familia Rothschild, pero eligieron a Revelli, que hoy tiene 87 años. El vio los escritos y no tuvo dudas de que fueron hechos por quien lo interrogó durante tres meses en un sótano en las afueras de París."

Fue justamente en otro sótano donde a Caffatti le tocó contar la gesta que Gasparini recupera:

—Lo de Revelli también le salió mal, volvió al barrio y lo levantó el Grupo de Tareas 3 en septiembre del 78. Como habían quedado en el aire unos 400 mil dólares, y a los marinos les interesaba la gaita, Acosta, Perrén, Scheller y Cavallo le dieron para que tenga durante trece días. Así se convirtió en otra leyenda de la Esma: mientras lo torturaban no cejaba con la marcha peronista, y entre máquina y máquina se ponía cantando alguno de sus tangos predilectos. Tiempo después puede hablar con Malena, su compañera también secuestrada y ya liberada, y le cuenta que está escribiendo un libro sobre su vida: "Estoy por el año 62 y voy a tratar de alargarlo todo lo posible". El manuscrito es una tentativa de negociación política que tiene que ver con las técnicas de supervivencia. "Mientras escribo estoy vivo", le dice a Malena.

Su fe no conmovió a "Dios", el capitán Jorge "Tigre" Acosta, que le bajó el pulgar pocos días después. ♦



Revelli en su cautiverio en París.